



ISIDRO FABELA

POR HUMBERTO TEJERA,
(escritor, poeta y periodista)

Isidro Fabela es mexicano indolatinista y universal. Representa íntegramente el conjunto de singularidades que amamos en México: efervescencia de ansias superiores en el plano social, con pugnancia eficaz que llega al heroísmo y aspira a sus resultados efectivos. Y sentido humano, mundial, del debido cumplimiento al ideal de nuestra edad, envuelto amablemente todo en ese juego peculiar al pueblo de que procede, el deporte diríase de trenzar el iris en la plástica, cantar la cadenciosa danza idiomática, y gozarse en la morfología floriente de la piedra. Fabela concentra nuestra atención y reverencias y afectos múltiples, porque encontramos en él la imagen del México que en vertedero de sangre y despilfarro de energías ha inscrito para el hemisferio sus horas luminarias de victoria en 1857, 1867, 1917, 1938. Valeroso escrutador y revolvedor de teorías, es el buen mexicano tipificado en Hidalgo, en el doctor Mora, en Molina Enríquez; nunca sintióse este ejemplar de hombre extraño a lo nuevo universal, por ello, la revolución de 1910 hasta hoy, ha concatenado legítimamente el destino de este país. México yergue pirámide en los caminos del mundo; opone rechazo al coloniaje y al esclavaje; renuncia a privilegios egoístas y perfila afán qui-jotesco de hacer prevalecer aún con sólo abollado escudo y corta adarga, preceptos de nobleza, justicia y bondad que, por herencia de generaciones y milenios, cada pueblo y generación engendra y prohija en su fuero por ganar la propia justificación. País telúrico, de subterráneos cabirios, que estallan donde y cuando menos se aguarda, México iluminado milenariamente por el astro matinal de Quetzalcoatl, es uno de los cráteres que arden en el papiro de las viejas teogonías redentoras. La inspiración que reencarnó en Las

Casas y Quiroga, en Hidalgo, no ha cesado de renacer a todo instante propicio; Madero fue uno de sus avatares; en todo mexicano que reanuda tan pura herencia humanista, en afán de dar a los cuatro vientos la bendición de luz, desbórdase sobre fronteras y abarca universalismo el ímpetu de redención. Fabela pertenece a tan señalada estirpe de maestros, de hombría en plano continental con Bello, Sarmiento, Sáenz, Peña apertores de rutas salvadoras en las tinieblas. Sólo por tenerlo tan cerca, por mostrársenos él tan afaible, sencillo, próximo y nuestro, nos desentendemos de medir su magnitud estelar verdadera que lo encasilla en el primero —el de “gigantes azules”— de nuestra galaxia de pueblos. Hora ha llegado, en el cincuentenario de iniciación de su carrera, para reconocerlo y decirlo sin reticencias, y situarlo en su valor de mexicano universal, en nuestra atmósfera de banalidad y confusionismo, entre las vorágines de contradicción con que atropella la “propaganda” que reemplaza a la verdad. Digámoslo: hay un hombre, un justo, que ha tomado sobre sí defender la causa de los débiles, que no ha explotado ni traicionado esa misión, ni callado cuando callar produce ganancia, y que fiel a la misión que se impuso, toca ya los lindes de la ancianidad, con el halo que hemos visto en la frente del Gandhi, con la claridad de Rolland, de Masferrer, de Barbusse, la más altas autoridades morales de nuestro tiempo. Lo escribimos así; consideramos que Isidro Fabela da a la juventud la norma de elección de una buena causa y de perseverancia en ella hasta el fin. El, es el continuador eficaz de la fórmula bolivariana de unidad de nuestros pueblos, después de ayudar a la resurrección de su propio pueblo. Suyo es el apostolado que entraña mayor esperanza para los doscientos millones de gentes de raíz india y habla ibérica. Suya es la salvación por la unidad, de las veinte repúblicas acompuertadas por mezquinos odios parroquiales, regidas por mezquinas oligarquías antagónicas, rivales sólo en servir al amo extraño; oligarquías que no aciertan sino en la traición.

Recordamos que Fabela ha hecho amable y luminoso su ideal autoctonista, mexicano, indolatino, al extenderlo a todos los países del globo en una sola lucha indivisible por la equidad y la convivencia pacífica mundial dentro de la razón. Al reafirmarlo, así, reiteramos nuestra convicción de que Fabela es hoy uno de los grandes maestros de humanismo y de porvenir en el mundo; y no podemos omitir el hecho, admirable y subyugante, de que en él, se armoni-

zan y complementan faces y vidas diversas, cada una de las cuales agarra nuestra admiración: el escritor realista, el revolucionario justiciero, el diplomático de una edad nueva, el gobernante creador, juzgador recto, artista represo, estallante en el amigo de la humanidad, el historiador misionario, y en suma, el hombre cabal de nuestro tiempo.

Explicar y comprender a este ciudadano ejemplar de primacía y talla profunda, es ya proeza que apenas podemos intentar a título de larga amistad y honda complacencia en su obra. Le ha correspondido en esta segunda mitad de su existencia que recuerda la frase de Simón Bolívar: "La gloria está en ser grande y ser útil" —reunir él mismo los testimonios del México de 1910 a 1960. . .

Y en discursos y pláticas, en cartas y confidencias, en su diaria lección de trabajo proseguido sin descanso y a pesar de todo, en su tenacidad para legar a México casa de estudio, museo de arte, libros de aprendizaje heroico y cívico, tenemos a la vista, la comprobación de verdad pura y limpia, la fianza de que no exageramos ni erramos al acatarlo y señalarlo por uno de los guías que llevan el fanal en la diestra, de por medio a la bestial tumultuosidad en estas avalanchas de guerras y postguerras.

Auténtico latinoamericano, tipo clásico renacentista que rasga a frente y pecho audaz los celajes del futuro, como lo querían los educadores continentales Rodó, Ricardo Rojas y Nieto Caballero, ha realizado Fabela su parábola en equilibrio ciertamente extraño. Avido de los dones de la vida, los que ha ganado aparentemente con la pluma del internacionalista, de alto funcionario, del hombre de gabinete y del periodista, oficios tras los cuales va la recia contextura del político revolucionario, del estadista avisado y previsor, del inflexible varón de principios éticos. Su brega audaz de soldado juvenil, las obscuras angustias del derrotado sin más sostén que su convicción de estar en lo justo, los constantes y burdos menesteres de ganarse a temporadas el pan con la pluma periodística, esa ruda materia vital que amaciza las figuras próceras en los encomios autobiográficos, encuadra y temple la estatura del hijo de Atlacomulco. Nombramos a su pueblo natal, subido en uno de los altozanos de la cordillera transversa de México, la de los volcanes, los nevados y los lagos. Pueblo abscóndito, arisco, de hidalgos rurales, al que ha sabido pintar deleitablemente narrando su niñez, en prosas y discursos.

De hogar sano y honorable, templo del trabajo, brotó el ansia de dar profesión a él y a sus hermanos; los personajes, acontecimientos y fiestas que encantan a perpetuidad la calma pueblerina, incrustan en paisaje lopezvelardiano, la infantilidad y la adolescencia del futuro estadista. Adivinamos con gusto el dulzor de ese ámbito nativo, las limitaciones parroquiales, la emoción de trepar a las cimas serranas a sorber horizontes, de que pudo surgir su carácter. Lo hallamos, joven ya, escogiendo por carrera la abogacía, volapié a los estadios que lo imantaban en las letras y la política. A través de sus estudios al finar la pasada manzurrona centuria porfirista, al penetrar en su juventud batalladora, en este siglo signado por la incendiaria nova de 1901 y el cometa segador de 1910, él lleva su frescor del nativo Atlacomulco —lugar donde nace el agua—. Se ha orientado en el rompecabezas montañoso de su estado natal, centro del viejo Anáhuac, del claro Aztlán demarcado por los vuelos plateados de las garzas. En andanzas juveniles ha peregrinado a empaparse el corazón del sagrado historial de su raza. Encontró en el Texcotzingo los rastros y la visión vívida del abuelo poeta Netzahualcóyotl. Cerca de allí los jardines rococós y los miradores dieciochescos, y los túmulos historiados del XVI que en el Molino de Flores, entre románticos tumbos de torrenteras, arrullan al soñar a una rama conquistadora que trajo, no nomás el habla, sino la sangre misma cervantina. Próxima a este legado vetusto, Fabela junto con los demás revolucionarios de nuestro tiempo, han plantado la escuela agrícola de Chapingo, ejido modelo para estimular la reforma agraria; en sus muros dejó siembra de belleza, Diego Rivera. Vislumbramos, al estudiante, años mozos, errante, vagabundo por los valles que señorea el abuelo nevado, el Xinantécatl, trepando a paso de gran sacerdote auscultador de misterios cósmicos, el Caracol de Calixtlahuaca, que en el centro anahuactense recogía en glifos calendáricos aztecas las cuentas de la sabiduría huasteca y maya. ¡Horas de esplendor único, cuando Tenochtitlán acababa de pulir en basaltos y erguía ante el padre Sol, la urna de sus secretos, el calendario que ahora asombra al mundo científico! Acompañamos al mozuelo garrido, indagador de los secretos del agua-partida, en la alberca bañada por los alisos otoñales, en lo que hoy es Almoloya de Juárez; atisbador del baño de las doncellas en los remansos del Lerma; embelesado por el ritual atavío de las matlalzincas, que ciñen en pleno tianguis como

entablado de feria el tableteo versicolor de sus faldas. Andamos del brazo con el escalador atrevido, en cuyo pecho ardían ya amor de tribu y curiosidades pitagóricas, descubridor de universales normas de armonía, en las ascensiones a embeberse de rocío estelar dentro de los cráteres, en la corola del Nevado de Toluca, que logró hechizar a Humboldt con sus pétalos ignívomos. Juventud finisecular del futuro jurista que ha compartido sudor y sanguaza de los peones de las haciendas, los dramas horrendos de la desalmada opresión feudal, con el látigo sangrante restallando entre terciopelo de milpas y cañaverales, y que ha cantado los ingenuos cantos de amor y tristeza que precedieron a los corridos épicos. Por ello el adolescente al llegar a la señorial y universitaria urbe tenochtitlana, trae desollados relatos del dolor y de los hechizos del campo. Por eso, su primer cuento, su primer libro, ciñe lauro triunfal en los certámenes. Era el tiempo mismo en que Nervo, Díaz Mirón y Othón, en sendos idilios, corrían el velo a la realidad del ámbito, en contraste tropical y desértico en que triunfa la frutal morenez de la venus nativa; el joven Fabela, también, en páginas ya inolvidables, cuenta del tristor y la rebeldía que germinaban en el agro. No todavía una moda literaria ni una droga vomitoria era la novela; era que el surgente autor traía en las venas la savia del emperador poeta, que salvó imperio en sólo un verso: “¿Acaso estoy yo en un lecho de rosas?”

De vagancias y primeros triunfos, y éxitos aulares que le permitieron formar grupo en la capital con los muchachos que después iban a formar legión de filósofos, legistas, pintores, vates, aquel alumno salido de Atlacomulco, moreno, atezado, delgado y simpático, por presagio de toda su vida, salta a la palestra del siglo, al signo de todos los bellos espíritus y nobles inteligencias en nuestro tiempo, al verdadero idealismo que reclama reincarnación quijotesca en nuestra edad: el está ya, en 1913, en el grupo de iniciadores del obrerismo y del socialismo mexicano, en la Casa del Obrero Mundial; al celebrar allí la primera conmemoración del 1º de Mayo, dice la arenga por la liberación de los explotados y oprimidos, la cual sella su suerte. De allí no pudo escapar sino para los campamentos norteros, en los cuales quedaría a distancia de los esbirros suplicadores de Belisario Domínguez. Habló así el joven iniciado:

”La aspiración legítima de millones de hombres de alcanzar en la sociedad una vida mejor, más digna, más justa, más humana.

Esta ansia de libertad que sacude las almas, que aguijonea los cerebros contra nuestras leyes económicas, arcaicas y opresoras, y contra los mandatarios, incapaces de penetrar los ideales del pobre, porque el pobre está abajo y sufre y el gobernante está arriba y olvida. Este impulso tremendo del proletariado, —empujado por todas las fuerzas de la historia y por todas las necesidades económicas del siglo—, a un altivo, pero justo ideal de mejoramiento económico, se transforma en aleluya regocijante en este día de mayo.

“El anhelo fundamental y equitativo del trabajador de la fábrica, del taller y del campo, de amenguar un poco la tiranía ominosa del capital, que pesa despiadadamente sobre sus hombros, ya cansados de aparente vencido, y de tener un participio cada vez menos exiguo en la repartición de la riqueza que él mismo produce; ese afán de ascenso, ese ensueño de ambición que los grandes civilizados de los grandes países reclaman en el libro, en la conferencia y los parlamentos, irradian por primera vez en México y por todos los ámbitos de la República en este día inmortal, que debiera llamarse no el día del trabajo, sino la fiesta del mundo, porque es la aurora del proletariado que empieza a apuntar en el horizonte de la civilización moderna un nuevo sol espléndido y rojo, magnánimo y justo: la redención del trabajo.”

La escuela de decisión, de virtud cívica de Fabela, la había encontrado en los archivos de su natal paisaje, tanto como en las páginas de Bustamante, Zarco y Altamirano. Al internarse por los sombríos pinares de Las Cruces, bosque exhalador aún de oraculares ráfagas, desentrañó el estudiante el grandioso enigma de Hidalgo, al que se empeñaban en cubrir de infamia historiógrafos estólidos. Las Cruces marca la gran decisión trágica en gloria, del gigante tomador de la Alhóndiga de Granaditas, bastilla feudal de la conquista. Allí, el padre de México renunció a la fácil toma de la capital del virreynato, para volar a Morelia y Guadalajara, a conquistar la verdadera inmortalidad que ciñe su frente, la de Libertador de Esclavos. En veredas y encrucipadas de esos rumbos históricos se templó el carácter del hombre en quien Carranza encontraría justo intérprete de sus propósitos enaltecidos para México. En las sugerencias de esos parajes históricos, abrevó originalidad de pensamiento y fervor vital, el estudiante que iba a compartir con Caso y Reyes, con Enríquez Ureña y Silva y Aceves, con

Azuela y Teja Zabre, dos emociones contradictorias al llegar el primer centenario de 1810: el hastío, el asco en contra del despotismo treintañal que a esa generación pesaba ya como losa funeraria, con el desprecio de un "positivismo" y de un "cientificismo" que habían perdido la dignidad original para convertirse en tapujos de rapacidad mezquina, y al contrapeso con ese desencanto del presente, la sed de claro porvenir, la certeza de que "México debe ser México", el ansia de justicia para el pueblo, la necesidad de dignificar el gentilicio. Cristalizó en furia y protesta en el portal del tiempo nuevo la fuerza de un pueblo luchador, al parecer endeblemente aquíjotado sólo con entusiasmo lírico, pero armado con entereza de principios estoicos y lujo de esperanza. Fabela iba a aportar a la Revolución Mexicana su energía intelectual límpida, su amor sincero e irrestricto por la redención de los humildes y la suerte de las estirpes; combustión de espíritu generoso que hace brillar en la historia contemporánea de los pueblos latinoamericanos, los nombres de Juan B. Justo y Alfredo L. Palacios, de Batlle y Ordóñez y Frugoni, en la extremidad platense; los de Besteiro y Luis Companys en Iberia; y Flores Magón, Alvarado y Carrillo Puerto, en la perspectiva azteca.

Cúmplese pues en este representativo, ley de sintetización de su ancestralismo y de su ámbito. Suya es la justeza de interpretación a los largos silencios colectivos que estallan súbito en axiomas históricos. Acumuláronse secularmente ímpetus profundos del pueblo soterrado por la conquista, con las ambiciones más altas del criollismo aplastado por el coloniaje, con angustias de la joven nacionalidad sobre cuyo suelo descargaron desgarrantes zarpazos los brutales nuevos conquistadores del siglo XIX; conjuntose todo ello, para forjar este tipo del revolucionario mexicano, estallante de ira contra el ultraje que los fuertes se permiten hacia los débiles; luchador presto a sacrificarse en todo momento, —como lo declaró el poeta nacional Rafael López—, en un desgaje y un incendio y terremoto total de la patria misma, antes de volver a ver lampazos extranjeros de victoria sobre los viejos palacios de Cuauhtémoc y Cortés. Del polvo de los Gracos resurgió la revolución agraria en Roma. Del oprobio de todas las conquistas, sufridas por México, surgió la Revolución Mexicana, con su intérprete internacional: Fabela.

UN REVOLUCIONARIO CIVIL

Sabemos que Simón Bolívar salió de las tertulias parisienses a encabezar feroz y larga contienda, de dos décadas, por la libertad en sierras y junglas del trópico. Y que Juárez y Madero abandonaron aulas y conferencias jurídicas y esotéricas para echarse por la calle del medio a defender a su gente. No ignoramos que en la historia latinoamericana, casi ninguna vez milites de charreteras y chafarote adiestrados en academias famosas, han tenido noción de las aspiraciones de las patrias; ellos siempre han actuado como mascarones para la penetración imperialista y la perpetuidad despótica en el mando. La revolución mexicana es el tipo de subversión popular contra el afrentoso pasado político de las veinte repúblicas cainescas, en que los gobiernos se desconocen, se enfrentan por mezquinas farsas y hasta se combaten por efecto de interesadas propagandas extrañas que necesitan la desunión para imperar. En la revolución mexicana el pueblo despertó, tomó armas, improvisó estrategias, creó genio a torrentes, desató pavorosas tormentas, y acabó obteniendo la rendición incondicional y disolución del ejército de línea que luchaba por la perpetuación del régimen oligárquico. La revolución de México fue jefaturada por dos civiles, Madero y Carranza; y su finalidad, lo ha demostrado, ha sido establecer la civilidad progresista en el gobierno. Fabela fue uno de los jóvenes que se incorporó como simple civil, como ciudadano en armas, al ejército de Carranza, en la misma fila que Vasconcelos, Luis Cabrera, Monzón, Montaña y los numerosos maestros a los que se ha llamado "cerebros de la revolución".

Su capacidad, su devoción a la causa, lo aupó rápidamente a primeros cargos de gabinete en la administración preconstitucional, antes de llegar a la capital de la República; y ya en ésta, él compartió con Luis Cabrera, insigne escritor, gran financista y jurista, y con Eliseo Arredondo y Cándido Aguilar, el honor señero y perdurable de dar forma a la aspiración mexicana que —apersoñada por Carranza— venía de los alegatos y protestas de Ponciano Arriaga, y Francisco Zarco, y en primer término de Benito Juárez: situar vertical e inconfundiblemente a México entre las naciones independientes y soberanas, borrando para siempre cualquier rastro

de colonialismo, extraterritorialidad o mediatización, por parte de las potencias de presa.

Su afortunada fuga ante las atroces venganzas del huertismo, lo llevó a juntarse en Coahuila y Sonora con aquellas legiones de rudos nortños, capitaneadas por Obregón, Villa, Calles, que a mediados de 1914 irrumpieron al centro mismo de la República. En esas mesnadas prevalecía el irrespeto a toda la estructura colonial que intentaba restaurar el huertismo: torería, frailes, señores feudales dueños de indiadadas, señores, diplomáticos con tricornio y cruce de piernas ante la soberanía y las leyes. La revolución fue el enfrentamiento popular a Wilson Lane, el embajador yanqui cómplice en el asesinato de Madero y en el encumbramiento de Huerta; fue airada faz ante el honorable cuerpo diplomático que tenía por honor hacer la corte y todas sus exigencias a México por intermedio del embajador yanqui, acatando servilmente la doctrina Monroe. Con sangre y puesta en llamas del país para derrocar ese sistema, los revolucionarios cavaron hondo para poner fin a coloniaje y feudalismo, y reciamente estructuraron en la Constitución de 1917, una plataforma jurídica para liberarse del pasado servil, y crear un gobierno propio en beneficio del pueblo.

Compañeros de Fabela en aquella iniciación de violencia y fuego, los hoy generales Francisco L. Urquiza y Bulmaro Guzmán y el teniente coronel Ignacio Suárez, nos relatan episodios, proezas y sacrificios de ese tiempo, que coincidía con la primera guerra mundial, y cómo México pudo emerger de ésta afirmando su existencia propia. Así conocemos las primeras andanzas del joven abogado y escritor en la caravana combatiente, que atravesó la sierra madre occidental —tramo anahuactense de los andes—, en jornadas de combates, marañas y desiertos. Fabela abstuvo de recoger laureos en entorchados, y buen discípulo del primer jefe, arribó a la capital y al poder con la investidura civilista, con la severidad estoica que fue una de las características más respetables en aquella primera época revolucionaria.

EL INDOLATINISTA

FABELA, EL INDOLATINISTA

Al chocar de frente la Revolución Mexicana con las potencias imperialistas, ávidas de botín en pueblos atormentados, principal-

mente con los anglosajones, Gran Bretaña y Estados Unidos, de quienes eran en ese tiempo casi por mitad las concesiones de minas y petróleo, empréstitos, bancos, ferrocarriles, etc., potencias cuyos grupos financieros sufrieron intensa alarma ante los postulados de soberanía completa de esta nación —lo que podía romper el cerco completo del continente—, México, sintiéndose amagado de punitivas e intervenciones, y experimentando ya la brutal presión ejercida para que derogase sus leyes agrarias, y para hacerle anular su valioso recobramiento legal de las riquezas del subsuelo, volvió los ojos a la tradición de los Libertadores y los Reformadores, a la ayuda y alianza con las repúblicas de la misma procedencia indohispánica, para fortalecerse ante sus devoradores. El símbolo de esta nueva política continental, fue naturalmente Bolívar. Carranza impuso el nombre del Libertador a una de las principales avenidas de la capital, encargó a su ayudante Octavio Campero formar para su casa presidencial una biblioteca bolivariana, y por todos los medios intentó estrechar nexos con las repúblicas del sur; mas, infortunadamente tropezando con la estulticia de traiciones antibolivaristas de que era odioso tipo Gómez en Venezuela, cuyo ludibrio se afianzaba en el terrorismo sobre el pueblo propio y en la criminal complacencia con los explotadores extranjeros. La política nacional de Carranza, admirablemente interpretada por sus ministros de Relaciones, Fabela, Aguilar, Cabrera, Arredondo, entró honrosamente en el texto mismo de la Constitución de Querétaro, que otorga especial consideración a los inmigrantes procedentes de países del sur para obtener la ciudadanía mexicana. Fugado yo de la garra gomista y llegado a esta patria azteca al final de la administración carrancista, puedo testimoniar que en ese tiempo, tanto con los funcionarios consulares como Vicente Rendón Quijano, en Panamá, con los marinos como Schaufelberger y con los aduaneros como el general Tapia en Salina Cruz, bastaba identificarse como indolatino para franquear libremente la puerta fraternal de México.

Imposible citar por innumerables los hechos de 1914 a 1920, comprobantes del sostenido esfuerzo mexicano para arraigar en esa primera rudísima etapa, su nueva concepción de la diplomacia. La Doctrina Carranza, que es valerosa afirmación de soberanía y autodeterminación de los pueblos, y valla levantada ante los desmanes imperialistas, resume la esencia de esa época. No resistiríamos a trazar algunos casos que tipificaron su espíritu. Cuando un súbdito

inglés fue ejecutado o asesinado por Villa, la Gran Bretaña presentó su protesta y reclamación por medio del representante yanqui; pero solamente obtuvo de la cancillería revolucionaria el rechazo de su pretensión, con la noticia de que, ahora y en adelante, los europeos debían representar directamente ante México, como país soberano, pues México no reconoce la doctrina Monroe, ni tutelas de ninguna especie. Al agudizarse la guerra submarina alemana contra los aliados, en 1916, Gran Bretaña dirigió a México, nota ofensiva; lo acusaban los aliados de "germanófilo" por su neutralidad, pero más que todo aprovechaban cualquier pretexto para minar su postura autodeterminista —y su legislación social—, conminándolo a impedir la entrada de submarinos alemanes en sus aguas. La cancillería de Carranza repuso con una de las notas más enérgicas y divertidas a la vez en la historia diplomática, recordando a la reina de los mares, —ya en vísperas por cierto de perder el neptuniano cetro—, que si ella no podía impedir que salieran de sus bases esos terribles submarinos, ¿qué podía hacer un país sin acorazados como éste, al que se quería imponer tan insólita obligación? De paso, recordemos para estimar el diferente valor de las declaraciones internacionales que hacen las potencias en tiempos de guerra y paz, que al iniciarse la segunda guerra mundial, los aliados contra Hitler señalaron como "zona inviolable" para los nazifachistas una faja de protección de 300 millas alrededor de las costas de los países latinoamericanos; vencido el enemigo y rival marítimo, pasada la guerra, esos mismos anglosajones, dueños del mar, se niegan ahora rotundamente, no obstante el incontestable argumento del nuevo tremendo alcance de las armas, a reconocer siquiera la extensión del dominio marítimo propio de cada país latinoamericano, ¡en las 12 millas que han fijado la gran mayoría de las naciones! Otro episodio muestra la significación y alcance mundial de la Revolución Mexicana; el acuerdo de su gobierno, en 1917 de renunciar a los Derechos de Extraterritorialidad en China; la extraterritorialidad es un abuso impuesto por las potencias imperialistas para su propio provecho, en contra de la dignidad humana y de la soberanía de las naciones, al mantener en suelo extranjero tribunales especiales y policía tenebrosa de privilegio para sus súbditos, con todas las agravantes de injuria y subrepticidad que ello envuelve, convirtiéndose así a la justicia en agravio para la igualdad humana y la soberanía, y dando ocasión de confundirse

la legalidad con el atraco y el secuestro de personas. Igual que en otras ocasiones, mediante el mecanismo de los tratados internacionales múltiples, las potencias que establecieron y aprovechan y abusan de esa extraterritorialidad en los países débiles, tuvieron cuidado de hacer firmar tales tratados a países de comparsa; así había sido innescuido México en el asunto de la extraterritorialidad en China; y ha sido gran honor para la Revolución Mexicana denunciar semejante ofensa a la moral y a la justicia. La extraterritorialidad, por otra parte, la siguen cometiendo los imperialistas en países de este mismo continente, al mantener policías tenebrosas en suelo extranjero que persiguen, torturan, asesinan, secuestran, roban y desvirtúan en absoluto el papel de la justicia.

Rotunda afirmación de la nueva dignidad mexicana, hubo lugar de aplicarla durante la ocupación de Veracruz en 1914, y durante la persecución de Villa dentro del territorio mexicano por el ejército de Pershing, en 1916. Carranza, no obstante tratarse de aparentes castigos contra enemigos de su autoridad, no hizo causa común con los invasores; exigió en forma perentoria, llegando incluso al choque armado, la desocupación del territorio nacional por fuerzas extranjeras. Las notas de la cancillería mexicana en esos días, hacían estremecer de orgullo a toda la América Latina, y quedarán como modelos de patriotismo. No pocos de ellas tienen la firma de Fabela.

Isidro Fabela salió en 1916 en misión especial como vocero y personificador de la Revolución Mexicana ante naciones amigas de Europa, y en particular de América Latina.

La percusión de su palabra en la conciencia de brasileños, argentinos, chilenos, uruguayos fue la primera clarinada del indolatínismo práctico, carne y sangre de la revolución azteca. La publicación entonces de su libro *Los Estados Unidos contra la Libertad* resumen de los avances de la voracidad yanqui hacia las Antillas y Centro América, durante un siglo, avance logrado por los más execrables medios, en tierras hispanoamericanas, suplió a la publicación —casi nula— que tuvo el volumen sobre la *Diplomacia Revolucionaria de México*. El atraco de que fue víctima Fabela al embarcarse para Europa, en la Habana, en 1916, en que le fue robada su valija diplomática, señala bien la significación que el ilustre embajador mexicano había logrado a los ojos de los imperialistas, duchos en la táctica maquiavelista-loyolesca de no

retroceder ante ningún medio por bochornoso que sea, para lograr sus fines.

Fabela recordó y recogió en su integridad, en esa misión, los límpidos antecedentes de la diplomacia mexicana en relación con las repúblicas hermanas, y afirmó hasta darle reciedumbre como base de toda buena política internacional de su país la fraternidad, el apoyo, el reconocimiento de un destino común con los pueblos latinoamericanos. Ideal que flotaba entre vacilaciones y olvidos, desde los tiempos en que Guadalupe Victoria saludaba con feliz augurio a las nuevas repúblicas hermanas; en que Vicente Rocafuerte, ecuatoriano ilustrado al servicio de México, daba mano amiga a la Gran Colombia; y en que Alamán —en lo internacional— se erguía como intérprete del ideal bolivariano de alianza. En la lucha contra la intervención imperialista francesa, tuvo México en Matías Romero, embajador en el norte entonces lincolniano, a un digno intérprete de Juárez. La Revolución reanudó esos aciertos, y entre sus manifiestas finalidades: —devolver al indio la tierra, reivindicar el patrimonio nacional locamente entregado en concesiones; ganar aire y suelo para respirar; entregar la letra y la cultura a las masas— inscribió el indolatinismo. Una corriente de inteligencia, afecto, cultura, con Fabela, Cabrera, Amado Nervo, José Juan Tablada, Urueta, Vasconcelos, fluyó entonces de México, a encender fraternidad y comprensión en países adormilados, anquilosados, por el predominio de oligarquías perpetuantes del colonialismo, en que seguían gobernando los nietos sanguíneos o mentales de los enanos que destruyeron la obra de Bolívar, San Martín y Morazán. Esos tiranos, como Juan Vicente Gómez, seguían el modelo porfiriano de perpetuación despótica. Pero la Revolución Mexicana encontró eco en la juventud; y en Caracas, Buenos Aires, Bogotá, Montevideo, Guatemala, Panamá, Santiago, Lima, las voces nuevas se empurpuraron con la iniciación del mexicanismo. Recordamos que nosotros, en Caracas saludamos con entusiasmo y en un soneto a Tablada, y que poco más tarde en *Cuasimodo* y en *El Diario de Panamá* junto con Moscote, Canales, González Scarpeta y Julio Barcos, tuvimos la suerte de ser voceros de la verdad azteca frente a aquellas siniestras “propagandas avasalladoras” de Hearst que embocaba su aturdidora trompeta alquilada a latifundistas y petroleros, en contra del México Revolucionario.

El ideario social mexicano penetró así, con esos heraldos

ilustres, en los países de raíz índica y habla ibérica; lo ha mostrado media centuria, ya, en que si algo liga estrechamente, tanto como la historia y como la sangre a estos pueblos, es su aspiración común a sacudir tutelajes extraños, económicos y políticos, vivir su propia vida cultural y adoptar normas de clara justicia universal en sus relaciones internas e internacionales. Primer lugar, en la creación de esta nueva fraternidad indolatina —si honor e ímpetu iniciales son de Carranza—, ha correspondido en la prolongación del tiempo y el esfuerzo a Fabela, maestro de la oratoria, la letra y la acción, cuya pugnacidad amacizada en hermosos libros debe ser, es hoy, materia textual, inexcusable, de adoctrinamiento, doquier se enseñe derechos de gentes, diplomática, política, patriotismo, arte y ciencia de hombría y dignificación, en universidades y escuelas latinoamericanas. Y no ocultamos que el licenciado Fabela convenció a escritores mexicanos valiosos que, por diversas razones se eximían de servir a la revolución, a aceptar la misma misión de llevar la voz del nuevo ideal en el extranjero. De ésto hemos visto prueba en el archivo de la Casa del Risco. Fabela carece de egoísmo, mezquindad y envidia, al tratarse del servicio a México y a la humanidad.

En 1921, tiempo del lujoso centenario, regresa Fabela a México. Viene en derrota política; dolido por la huelga militar y por el crimen que derrocaron y asesinaron a Carranza. Quedaba con su protesta recia, fuera de las actividades gubernamentales. Se dedica *al ejercicio del bufete, a colaborar en periódicos, a escribir libros*. Bien pronto su vigorosa mentalidad tiene que salir de la penumbra del apartamiento: una misión se impone ineludible para él: seguir defendiendo a México ya ha acrecido dentro de su mente en América Latina, contra el imperialismo yanqui en orgasmo de voracidad, ebrio con la victoria aliada, y que seguro de no tener casi competidores por la desaparición entonces de Alemania, Rusia, Francia, Gran Bretaña como potencias mundiales, no reconocía contrapeso alguno en sus ambiciones. Representativos de ese delirio de poderío del 1920 al 1930, fueron Fall, Harding, Kellog, y en especial aquel bruto jurispedante Sheffield, que elaboró el plan de invasión y sojuzgación sobre México. En el libro *Los Estados Unidos y la América Latina, 1921-1929*, Fabela presenta el documental de esa aleccionante década. El programa de los nombrados personajes que hacían pinitos como nuevos dueños del mundo, comprendía en su

plataforma en sobresaliente línea, la mexicanofobia, la “intervención en México para acabar con las dificultades”. El meollo de estas dificultades consistía en la recuperación por el pueblo azteca de sus tierras, minas y petróleo, robados por los piratas que ayudan a derrocar gobiernos legales, a instalar tiranos terroristas, y cobran a éstos su apoyo en concesiones, en jirones de carne territorial y sangre laboral de los países a mansalva sojuzgados. El artículo inicial de su serie de protestas, es de 23 de junio de 1921, contra el “tratado que le proponían los yanquis a México”, y que intentaba someter a este país a un régimen de capitulaciones como el de Turquía o China. En resumen exigía Washington: un reconocimiento condicional del nuevo gobierno mexicano, utilizando el “reconocimiento” como instrumento de chantaje; y la aceptación casi con fuerza de ultimátum, con la soga al cuello de su víctima, de un “plan para ayudar a México” que contenía estas cláusulas: nulificar los artículos 3º y 130 de la Constitución de Querétaro, así como las Leyes de Reforma que establecieron limitaciones a propaganda y enseñanza, limitaciones justificadas por la historia mexicana, y para adquirir tierras a los elementos confesionales extranjeros; debían ser “derogadas” estas leyes, derogadas en provecho de los norteamericanos. Que la nacionalización de tierras, minas y yacimientos, todo el Art. 27 Constitucional, no debía aplicarse a los norteamericanos, ni tampoco a éstos pudiera aplicarse expulsión alguna aún cuando intervengan en crímenes o complots contra el país. Y de adehala: el abrumante e indebido pago de inmenso cúmulo de millones, por “daños” durante la revolución. A este precio debería comprar Obregón el “reconocimiento”. Peligrosísima para México solo, íngrimo en aquel tiempo, fue la lucha para escapar de esos amagos que, de aceptarse, lo habrían destruido como nación independiente; recuérdese que en ocasiones llegaron a enfilarse los cañones agresores frente a Tampico y Veracruz, y que esperaron sólo la voz de marcha para avorazarse las tropas por la frontera. Se sabe también que las compañías petroleras yanqui-británicas-holandesas, azuzaron y financiaron innumerables complots y guerras, incluso la cristera, contra Obregón y Calles; y se sabe que en un momento dado, inesperable pero maravillosamente, la pestilencia de inmoralidad que representaban Fall, Harding, Sheffield, conmovió al mismo pueblo norteamericano, y esos sujetos cayeron como más tarde Kellog, Coolidge, Hoover, en la vorágine de la crisis económica y

política de la cual, en 1933, surgió con el “nuevo trato” y la política de “buena vecindad”, Franklin D. Roosevelt, nombre revelador del intento de crear planos de decencia internacional. Aquí falta decir que la campaña de protesta, denuncia y esclarecimiento —a la luz del Derecho Internacional—, de tales agresiones contra México por los grupos piráticos de una potencia que rápidamente ascendía a la primera fuerza mundial, esa campaña la llevó a cabo Fabela, ardua, infatigablemente, a todo riesgo, en su simple condición de ciudadano mexicano. La salvación de la soberanía mexicana, frente al descubrimiento y ludibrio, y al fracaso final de los atracadores en el escenario mismo de Estados Unidos, forman la trama de una de las tragedias internacionales dignas del teatro de Sartre o Shakespeare. Un destello de justicia inapagable, y un antecedente que nadie olvidará en la vida continental como nexo de porvenir, en aquella época nefasta—, fue el Voto Salvado del jurista brasileño Rodrigo Octavio, en la comisión de arbitraje por reclamaciones yanquis contra México. Clarinazo de orden y decoro internacional, dado por la conciencia latinoamericana, ante los exactores shylockianos, que brindaban ya con la copa rebasada con la sangre de las arterias de México.

Por aquel tiempo comenzaba a dar fruto en todo el continente la campaña de la Unión Iberoamericana, fundada desde 1921, en esta capital, por Fabela. Visitan a México José Ingenieros y Alfredo L. Palacios. Sociedades de tipo semejante se instalan en las márgenes del Plata, por los mismos ilustres argentinos. Llega aquí el jefe de los brillantes universitarios peruanos, Haya de la Torre, amigo de Vasconcelos; y crea el aprismo, con su magno programa que extiende al sur el ideal indigenista y cultural, pide la internacionalización de Panamá, y al frente de sus luchas erige este aserto: “Hay un México más grande, que va hasta Magallanes”. Con perseverante labor, aquel grupo formado por Fabela integró a los más puros y sobresalientes luchadores por la libertad, asilados latinoamericanos residentes en suelo azteca, Arévalo Cedeño, H. Blanco Fombona y Aristiguieta y Rojas, venezolanos, el haitiano Moravia Morpeau, el dominicano Manuel Morillo, los nicaragüenses doctor Pedro J. Zepeda y el escritor Hernán Robleto, con muchos más que, al pisar tierra mexicana, besaban en el ostracismo en esta tierra una nueva patria. Escritos de prensa, conferencias, radiaciones, cartas, mensajés, actos de fraternización, encendidas pro-

testas contra los crímenes de Gómez, Machado, Ubico, y sus agravantes sucesores Somoza, Trujillo, Batista, Jiménez, Pinillas; desde entonces, incansable por decenios, y a veces desesperante y cruel lucha, en que han caído tantos combatientes sin ver la aurora soñada. La casa, los consejos y auxilios, el afecto de Fabela, lo han constituido en albacea de la doctrina de amor de Carranza hacia las gentes hermanas del sur. El más trascendente postulado de la Revolución Mexicana, la alianza bolivariana de los pueblos libres, ha sido el móvil de verdad y acción del ex ministro de relaciones.

Un día de 1928, Nicaragua es reinvasada por la infantería de marina, hez del mundo según el mismo Truman. Fabela, desde París, donde se hallaba, saluda con Barbusse, como todos los hombres libres, al retoño bolivariano, a Sandino, que inició entonces su epopeya. Le dice: "Admirado general: está usted cumpliendo un doble deber, nacional y supernacional; nacional, defendiendo con denuedo la independencia de su patria; supernacional, representando con gallardía la dignidad de nuestra raza, herida por otra que trata de dominar el continente entero". Carta que termina con estas palabras:

"Si el Sexto Congreso Panamericano y los gobiernos de Iberoamérica, por sórdido egoísmo, no hacen nada en favor de la libertad nicaragüense, sepa usted, general, y no olvide en sus instantes de dolor y peligro, que todos los ciudadanos libres de Latinoamérica, de pie, con solemnidad religiosa, respaldamos a nuestro Leonidas flamante, porque el general Sandino es sangre de nuestra sangre, como Nicaragua es una provincia del Estado supernacional de Iberoamérica. Sepa usted que el latigazo que recibe en el rostro la tierra de Rubén Darío, nos hiere a todos los hispanoamericanos en el alma; y que por eso, en cuantas formas hallemos a mano o pudiera imaginar nuestra fraternidad cordial, estaremos con el ya inmortal Augusto César Sandino y con la santa causa que defiende."

"Tenga presente por último, general, como hecho confortativo, que la juventud que se levanta, es decir, el porvenir, consagra a su nombre una verdadera veneración y se preocupa hondamente por su suerte: lo mismo la generación jocunda de la República Argentina que colecta fondos para auxiliar al homérico Sandino, que los estudiantes latinoamericanos de París que en mensaje entusiasta, le envían sus nobles sentimientos de fervorosa adhesión."

"Si su destino fuera morir en la contienda, estamos seguros

de que moriría con genio, como los héroes; pero no morirá así, general Sandino, no debe morir así, porque son ciudadanos como usted, los que necesita Nicaragua para depurar su historia que otros hijos vanales han manchado; y también para demostrar al mundo y a los hombres honrados de los Estados Unidos, que el pueblo nicaragüense es digno de la libertad y la vida que le quieren arrebatarse los "republicanos" imperialistas de los Estados Unidos que han transformado la cruz de Jesucristo en instrumento de odio y de matanza."

(ISIDRO FABELA)

Al mismo tiempo en aquel año, Fabela dirigió a la Sexta Conferencia Panamericana, de la Habana, un mensaje en que formula la pregunta: "¿El Panamericanismo debe subsistir o debe ser reemplazado por el indolatinismo?" Comprueba ante la asamblea la cruel falacia de la doctrina Monroe, y exige una actitud decorosa a los conferencistas; allí como se sabe, falló la protesta contra el intervencionismo proclamado por Hughes y apoyado inicualemente por Maurtua; mas, vigente quedó el candente cartel clavado por Fabela, el que aún está de pie, ante esa y ante todas las conferencias panamericanas:

"Ante realidades evidentes como esas, y, principalmente, al contemplar las intervenciones actuales de los Estados Unidos, en las Repúblicas de Santo Domingo, Haití y Nicaragua, intervenciones que se efectúan en estos mismos instantes en que se celebran en La Habana las sesiones de la Sexta Conferencia con menosprecio absoluto del Derecho de Gentes y del más elemental pudor panamericano; ante la flagrante contradicción entre las palabras edificantes y los hechos inexplicables del señor presidente Coolidge; que por un lado nos tiende su mano fraternal y por otro manda bombardear con sus aeroplanos de guerra al inocente pueblo de Nicaragua; ante esa demostración nítida de lo que es en la vida real el panamericanismo, podéis tener la convicción absoluta, señores delegados, de que el gran pueblo de Hispanoamérica no cree, ni creerá en esa inexistente amistad panamericana, como no podrá creer en el éxito de esa reunión internacional de La Habana, si no conseguís con vuestro noble levantado espíritu hacer que el Gobierno de Washington, en un supremo acto justiciero devolviera su independencia completa a nuestras hermanas intervenidas."

“Francamente hablando, señores delegados, el alma latinoamericana no cree en ese milagro, porque ya sabe a qué atenerse respecto al resultado práctico de esas asambleas panamericanas, donde las verdades históricas y el cumplimiento de los principios del Derecho Internacional, están sujetos a la previa censura de un programa que pudiera entrañar peligros para el libre desarrollo de la diplomacia del dólar y la interpretación y aplicación caprichosa de la Doctrina Monroe.”

Entiéndese bien la atracción de la antigua casa de Fabela en la Colonia Roma, como de su mansión colonial de El Risco, y de su abrigo sencillo de Cuernavaca, que han sido meta de peregrinación para los atormentados exiliados que llegan de tierras antillanas y suramericanas, con las marcas de las torturas, con la garganta amarga de las ignominias que hacen sorber a los hombres de conciencia patria y espíritu libre, los tiranos asesorados por villanos “jurispedantes”, esos esbirros policíacos, sicarios aupados a presidentes, preparados en las academias imperialistas para portar sable bajo el aparatoso atuendo de los milites, y entrenados para la doble función que exige el plutoimperio a sus agentes: torturar y aterrorizar a sus compatriotas, y servir de rodillas a los trusts.

Transcurrida la Segunda Guerra, que fue para América Latina la era idílica del “buen vecino” roosveltiano —(no por cierto para Venezuela, Nicaragua ni Santo Domingo, que continuaron en la cruz de sus suplicios), retornó la costumbre de atropellos plutoimperialistas. Otra vez el partido republicano en el poder desde 1946, varios de sus primeros dictados revelaron sus malos propósitos respecto a América Latina: la ley que convierte en obligación del gobierno americano respaldar a los “inversores” en sus reclamaciones; y la que niega validez a la renuncia de protección de su gobierno, al inversor que funcione conforme a esa cláusula que una siniestra experiencia ha hecho adoptar a algunos países previos hispanoamericanos. De paso, conviene recordar que fue la adopción de aquella cláusula protectora —la de renuncia de protección extranjera— por la constitución venezolana, después del bloqueo de 1903, la razón de la tremenda persecución —hasta la muerte— que ingleses, franceses, holandeses y alemanos, eficazmente apoyados por el Departamento de Estado, desataron contra Cipriano Castro, cruel dictador sin duda, pero también bravo defensor de la soberanía venezolana. Y es aquí lugar de grabar dos nombres,

evocados por esa reivindicación que las generaciones actuales se han visto obligadas a hacer en honor de Castro. Son los nombres de su ministro, Angel Carnevali Monreal, inspirador de sus patrióticos manifiestos al mundo, asesinado en las mazmorras de Gómez; y el hijo de este mártir, Alberto Carnevali, líder del partido patriota venezolano Acción Democrática, asesinado también por el inmundo discípulo de Gómez, discípulo en entreguismo y crimen, llamado Pérez Jiménez. En 1954, al desatarse la intervención de Foster Dulles contra Guatemala, para derrocar bajo pretexto de "comunista" al gobierno de Arbenz, que no se prestaba a entregar tierras, petróleo y camino interoceánico, surge otra vez Fabela a la palestra. En estudio básico, publicado el 2 de marzo de 1954, dijo:

"Primero: que el Gobierno del Presidente Arbenz no es comunista, y, segundo, que la declaración de Mr. Dulles tenía precisamente por objeto considerar a Guatemala comunista para hacer caer aquel gobierno e impedir el desarrollo económico, agrario y político del país con las disposiciones libertarias que ha puesto en práctica el señor Presidente Arbenz."

"Lo malo es que precisamente esa política redentora tiene el defecto, naturalmente para los Estados Unidos, de herir intereses de cierto trust imperialista, que habiendo gozado de concesiones leoninas y privilegios sin cuenta —que le otorgaron regímenes anteriores— no se conforma con dejar de ser lo que había sido, un feudo monopolista dentro de un Estado semisoberano y servil, como lo fue el de los nefastos Estrada Cabrera, Ubico y sus secueces." Y al final, con el temor de que Foster Dulles presionara como al efecto presionó en esa conferencia ultrajante para la ciudad de Caracas, celebrada entre alambrados electrificados para aislar del pueblo a los cancilleres y obtener así Estados Unidos la aprobación a su propuesta intervencionista, escribió Fabela este juicio lamentablemente profético sobre los gobiernos que entonces, fuera de voto y constitucionalidad, gobernaban en la mayoría de las naciones latinoamericanas: "Quizás sin embargo, tratándose de una nación hermana, reaccionarían en su favor. Pero somos pesimistas al respecto, porque cuando se ha caído en la amoralidad interior y externa, es fácil que la abyección se confunda con la defensa de la libertad de América". Así fue. La "United Fruit" impuso sangrientamente su propio gobierno en Guatemala; y en seguida, lle-

garía la misma empresa reclamando la devolución de sus tierras, expropiadas para darles a los indios una esperanza de vida; y llegó la "Standard Oil", con el disfraz de "17 compañías independientes" obteniendo la concesión del petróleo; y por medio de "generosos empréstitos", se controló la carretera interoceánica por el plutoimperialismo. Ante aquella magnífica defensa, tan infructuosa como gloriosa, hecha de la soberanía de Guatemala por Fabela, al igual que la hicieron Pedro de Alba, Emilio Frugoni, el doctor Palacios y el doctor Velasco Ibarra, internacionalistas ilustres, canosos y venerables veteranos de las luchas democráticas y sociales de medio siglo en el continente, en las columnas de "El Popular" de México, los saludamos como "los más jóvenes, conscientes y patriotas, de los ciudadanos de Indoamérica", en contraste con el hampa de vasallos del aviso-dólar que acumulaba sobre Arbenz y Arévalo —para contentar a Dulles— el sambenito de "comunistas".

DICE LA REVOLUCIÓN MEXICANA SU VEREDICTO ANTE EL MUNDO DE LOS CONQUISTADORES SUICIDAS

Al terminar con el tratado de Versalles la guerra 1914-1918, como un aparato de satisfacción a los pueblos a que se les habían lanzado tantas promesas, se creó la Liga de las Naciones, magnífica institución destinada a prevenir las guerras, pero inficionada desde su origen por los perversos procederes de los gobiernos imperialistas. Entre sus errores más graves que estúpidos, uno fue excluir a México de la Liga, en tanto que a los más sanguinarios y viles tiranuelos latinoamericanos se les sentaba en la mesa de las conferencias. Si no bastase, los Estados Unidos forzaron a Inglaterra y a las otras pocas potencias que quedaban, después de haber aplastado a Alemania, Austria-Hungría, y la Rusia Zarista, a que reconocieran validez a la Doctrina Monroe, como "entendimiento regional", dentro del Art. X del convenio, hecho contra el cual lanzó su protesta la cancillería de Carranza. Con todo, México, ingresó a la Liga de las Naciones en 1932. Desde esa fecha hasta la reiniciación de la guerra mundial en 1939, se escribe el capítulo más brillante de la diplomacia mexicana, y correspondió al Presidente Cárdenas y su representante Isidro Fabela, haber tomado el primer lugar de riesgo en la lucha contra las agresiones

que desató con el fin de ganar el dominio mundial el eje Berlín-Roma-Tokio.

Desde 1937 inició México —representado por Fabela— su actitud de no reconocer en el plano internacional sino los principios de la justicia, levantando robusta negativa a toda acción de la fuerza que intentaba convertirse en derecho. El primer caso ocurrió, consumada la conquista de Etiopía, contra la cual había protestado la delegación mexicana, cuando se suprimió a ese país como miembro de la Liga; Fabela reprobó de la manera más clara y perentoria cualquier exclusión de un Estado miembro de la Sociedad de las Naciones. En septiembre de 1937, en la asamblea de Ginebra, se escuchó la repulsa de México a las repetidas agresiones del Mikado en contra de China, con las que abiertamente aspiraban a convertir en una colonia suya a toda esa gran nación. En la misma asamblea, al discutirse la guerra civil y la invasión nazimorofachista en España, pugnó el delegado mexicano porque se respetara la integridad e independencia de España, se le diera a su gobierno legítimo la obligatoria ayuda prescrita por el convenio de la Liga, y se pusiera fin al hipócrita “neutralismo” de Inglaterra, Estados Unidos y Francia, originado en torpes cálculos que facilitaron, acabando en la capitulación de Munich, el desborde de la avalancha nazi-japonesa contra el mundo. Con proféticas palabras, el 20 de septiembre de 1937, dijo Fabela:

“En primer lugar, creemos que, si al iniciarse la intervención extranjera en España, en vez de ignorarse las realidades, se aceptan aplicándoles el Pacto rigurosamente, esa intervención habría cesado, y la Sociedad de las Naciones, defendiendo los principios del Derecho de Gentes, habría alcanzado un resonante triunfo. En segundo lugar, en vez de decir que se ha evitado la guerra, ¿No sería más justo decir que se prolongó en España y se aplazó en Europa?”

A tan fundada y siniestra profecía, se encadenaron los hechos previstos: en marzo de 1938, Hitler se anexiona Austria, en septiembre de 1939, sobreviene la invasión y reparto de Polonia. Sucesivamente, Finlandia, Noruega, Holanda, Bélgica y Francia misma, cayeron por sorpresa, a traición, al conjuro de todas las fuerzas siniestras internas y externas concitadas por el fachismo, bajo los tanques y aviones de la coalición tenebrosa que en nombre del medievalismo, de la superioridad racial, y del derecho de la fuer-

za, se proponía dar “un milenio de paz al mundo”. En cada una de esas catástrofes, que iban derrumbando hasta hacerla polvo a la Liga, con la altivez y autoridad del representante de un orden internacional nuevo, que no se doblega ante la violencia, el Presidente Cárdenas y su plenipotenciario Isidro Fabela, se mantuvieron inflexibles en su declaración: “A nombre de la nación mexicana, envió mi mensaje de protesta ante los países del mundo, por los nuevos atropellos cometidos por el imperialismo militarista... sin encontrar más obstáculos que la heroica defensa de los pueblos invadidos, mientras que otros países, olvidando su neutralidad, han asumido una actitud espectante. Censuramos a quienes, habiendo podido oponer en tiempo oportuno un dique a la invasión imperialista, no lo hicieron, permitiendo se sacrificara a pueblos civilizados que debieron haber defendido y ayudado: Reitero mi esperanza de que sean los trabajadores de todo el mundo, los que lleguen a impedir el desbordamiento de las guerras imperialistas y hacer que se respete el derecho sagrado de los pueblos”. Infortunadamente para la humanidad, a los abusos de los fachistas cometidos con la complicidad de las “democracias” inanes, sobrevino el lustro horroroso de 1940-45, con su saldo de cien millones de víctimas y un billón de daños y pérdidas.

Escribe Fabela, como historiador:

“Desgraciadamente para la justicia internacional y la paz del mundo, las grandes potencias no pudieron, o mejor dicho, no quisieron utilizar los organismos de Ginebra cuando habría sido fácil aplicar a los transgresores del Pacto, las sanciones de la seguridad colectiva.”

“En efecto, si las grandes potencias se hubieran puesto de acuerdo para impedir la conquista de Etiopía, la intervención ítalo-germana en España, la invasión de Austria, se habría logrado mantener el respeto a la Liga y al Derecho, y entonces se habrían también evitado los atentados a Checoslovaquia, Albania y Polonia, y, asimismo, el desastre final de la dominación germánica en toda Europa.”

Durante la Primera Guerra mundial, de 1916 a 1920, Fabela fue el heraldo de los postulados de justicia internacional —aurora de porvenir—, de la Doctrina Carranza, ante las naciones hermanas de América y ante los pueblos amigos de Europa. En la víspera afrentosa de la Segunda Guerra, de 1937 a 1940, la voz de

México revolucionario presidido por Cárdenas y llevada por Fabela en la Liga de las Naciones, ante la creciente audacia de los criminales impunes, salvó el concepto de una humanidad milenariamente empeñada en crear el derecho de gentes, la decencia internacional, la paz justa basada en el respeto recíproco. Réstense los discursos de Fabela en Ginebra, y podría creerse que allí había sucumbido el mundo en un océano de cobardía, hipocrecía y locura, sin atreverse casi nadie a levantar un dedo para la defensa del decoro humano frente a las hordas nazis. Para eterno honor de México, esa fue su respuesta a la pretensión de sellar al mundo en plena frente con el estigma de la fuerza absoluta y despiadada como suprema ley. Ciertamente, el mundo ha reconocido esa claridad de visión y esa firmeza de voluntad. No lo han hecho todos los que deben hacerlo: pero Alvaro Albornoz e Indalecio Prieto, en nombre de la España decapitada, y Haile Selassie por la Abisinia rediviva, han llegado hasta la casa de Fabela en San Angel, a traerle la gratitud de sus pueblos. Y con aquella actitud de México, nuestra Indoiberia ha tomado el sitio de honor entre los continentes que comprenden el destino del hombre como una misión por realizar: la ciencia y el arte, la cultura, inseparables de la verdad y la justicia. Fabela, ciudadano universal, entre los grandes constructores del mundo nuevo.

En ambas etapas de inspiración y de firmeza, Fabela ha sido la presencia de la Revolución Mexicana en el candente y erizado campamento de las potencias de presa, que se preparaban para destrozarse entre sí, como único medio que vislumbraban para subsistir: *convertir la mantequilla en cañones para ganar en la paz, y convertir la humanidad en mantequilla para ganar la guerra*. Cada día más soberbias, a medida que resultan menores en número, las potencias de presa se empujan hoy en el mismo juego de confusión y paradoja, buscando la vida y la paz por medio de la guerra y la muerte. ¿No es posible hoy, en 1958, cuando todo enfila hacia una tercera catástrofe, que los gobernantes y estadistas de las potencias, se plegaran a la experiencia de las dos guerras, y eligieran por antorcha de salvación la voz de Juárez, la voz de México, misma con que la representación de este país en Ginebra, repetida después cien veces en la O.N.U. ha convencido de su buena fe a todas las gentes sanas de cualquier raza y nacionalidad?

EL INTERNACIONALISTA, GOBERNANTE DE SU PAÍS NATAL

Desde 1943 hasta 1946, Isidro Fabela ha gobernado a su región natal, el Estado de México, centro de la federación mexicana. Su territorio envuelve casi por todas partes a la vieja Tenochtitlán que fue su raíz, y es el núcleo de la nacionalidad. Fabela, que llegó al poder no por elección directa sino por designación del ejecutivo federal, realizó el prodigio de poner fin con su presencia a la era de sangre y desorganización; obtuvo la legalización popular de su mandato, y en breve tiempo dejó en pie el cartabón imborrable de cuál puede ser la gestión pública que dignifique y haga verdad la democracia. Respetado, invulnerable, sin responsabilidades ni odios, conquistador del afecto popular, dejó el sitial de Toluca en 1946.

¿Qué hizo Fabela como gobernante? Escuelas, caminos, dotaciones de agua y tierras a los pueblos, protección a los débiles, trato magnánimo con todos. Su mano se ocupó deleitosamente en estímulos culturales, en dar los nombres de maestros, escritores, artistas, a los nuevos establecimientos educativos que iba fundando. Erigió aras a los sacrificados por la causa del pueblo. Bello, como un templo griego, tapizado de poemas en azulejos, reconstruyó el hogar de Juana Inés, la décima musa, en su alcor natal. Publicó una revista famosa hasta los cien números: "Mundo Libre", biblia de la nueva ideología social de post-guerra. Acogió con fraternidad a los exiliados del mundo, salvados de las furias, que acudían a su amparo. Y al rendir cuentas claras, intachables de los fondos públicos, comprobó que la honradez es condición del verdadero credo social. Siempre que haga falta modelo para un buen gobierno, podrá consultarse su Memoria a la legislatura local, al entregar el poder.

Veo al gobernador Fabela, en su ambiente familiar, sin guardias ni esbirros, en su casa con verdor de pinar, con su chimenea de mármol, en la fría Toluca, la más alta capital mexicana.

Veolo allí con su frugalidad habitual. Puerta afable a todos, y no solamente a la gente bien vestida, "de razón", sino a las caravanas de indígenas, de algodón y huarache, que lo buscan, pues han sabido de sus procederes. Allí nos ha sentado a su mesa, a sus amigos de siempre, como en casa propia. Allí lo hemos visto, en

su plena omnipotencia de gobernador, negar un día a sus seres más queridos la compra de cachemiras y preciosidades que un jebir ambulante, como en un poema pérsico, extendía sobre la alfombra. ¡No salía de su desencanto, el descendiente de los mercaderes asombrosos de la corte de Haroun-El Raschid, ante aquel hombre modesto que disponía de tan áureas arcas, y no podía darse ese placer de complacer a sus íntimos afectos! Véolo también, bajo los artonados de la casa condal, de tres siglos, ornada con el esplendor de su monumental fuente porcelánica y sus cuadros y joyas de arte. Allí, en la Casa del Risco, recibe la visita del poeta venezolano Enrique Planchart, ansioso de conocer la verdad mexicana. Fue en 1942; muy pequeños todavía, jugueteaban por la casona los dos huerfanitos que Fabela y su esposa habían recogido, dentro aún de las ráfagas de muerte que habían destrozado a sus padres, en la frontera franco-española. La sensibilidad del poeta dejó rodar lágrimas ante aquel bálsamo de amor que quería unguir siquiera una sola de las úlceras de la gran tragedia del pueblo español, desatada por el enano Franco y todos sus cómplices en el mundo. Allí mismo, varias veces, he visto al autor de la "Historia Diplomática de la Revolución Mexicana".—Fondo de Cultura Económica. México, D. F., 1958—, y de todos esos libros que hoy ocupan primer lugar en cualquier buena biblioteca hispanoamericana, estampando con soltura y cariño las dedicatorias con que corresponde a sus incontables amigos de todo el continente. Imáginese que en mi mente se entrecruzan, como saldo a mi favor de las visitas que he hecho al noble amigo, con el montaje modernista de sus retratos con toga de Juez Internacional, sus juveniles fases de rebelde, sus poses de diplomático con espadín en París, o sus andanzas de turista en el Danubio, donde fue a visitar a su gran amigo Ionescu, al que encontraba como a Boncour, afinidades con Carranza.

Así hemos encontrado siempre al licenciado Fabela quienes hemos tenido ese privilegio de su amistad. Frente al Xinantécatl de su nativo paisaje, toma en la mano la primera edición de Heredia, el cantor del Niágara, que fue también buen habitante y ciudadano toluqueño. Acaricia en pergamino, los tomitos de la edición princeps de Sor Juana, que le regaló Amado Nervo en tierras del Plata. Platica con sus grandes amigos, el doctor Atl, el arquitecto Obregón Santacilia, el pintor Fernando Leal, y con los jóve-

nes indolatinos que al llegar a México, lo primero que piden es conocer a Fabela. Los deja un momento, ojos abiertos, ante su ágil salto imprevisible, para una llamada telefónica en que se le oye derrochar su habitual lenguaje de bondad para todos. Y regresa, a abrir fruicionalmente algún cuaderno o tomo de sus colecciones de pintura, a mostrar la adquisición última: una pintura colonial, un camafeo, un bock pantagruélico de factura holandesa. Comparte por igual su entusiasmo por Rémbbrandt, con algún licor exquisito, o los relatos y comentarios de sus días en las metrópolis lejanas. Lo contempla el perro familiar con ojos de entendido. Trepan por las columnas barrocas, oro en oro, los rayos vespertinos. Y con encanto pérsico, la Fuente de Azulejos y Porcelanas, gran retablo, trasplante de la era ming a nuestras latitudes, devuelve en multiplicadas reediciones la poesía de la hora.

Su obra literaria envuelta anda por completo en su monumental faena de "publicista" —como decíamos antes a los tratadistas del derecho internacional—; y en sus páginas contables ya por millares, de estudios jurídicos; alegatos, temas periodísticos y capítulos de historiador; allí han de extractarse bien diluidos pero indelebles, los rezagos de su primer vocación meramente literaria. Práctico en disciplinas legislativas, y en ponencias y sentencias, en investigaciones y resúmenes historiográficos, su estilo tiene por mayor virtud fluidez y precisión, la claridad, acrecida hasta el cristalino verismo por su dilección más ostensible: la cultura francesa. No en balde en sus estantes se arrellanan como en sillones de academia, France, Renan, Lemaitre, Balzac, dioses supremos de su olimpo. Ciegos estaríamos si no hallásemos como suya, la misma religión mental de Martí, de Ugarte, de Sarmiento, de Montalvo, de Bolívar: prisa de socorrer a los desvalidos, ansia de llevar ánimo, sonrisa, aliento vitalizador a los sufrientes. Larga pugna por ayudar a sacar de torturas y mazmorras a prisioneros políticos; gestión infatigable para abrir puertas a desterrados y perseguidos; y la ira y la condenación, contra desmanes y crímenes que han sido y son vergüenza continental, de tiranos y dictadores. Cuando se piensa, cuando se habla así, cuando se siente una responsabilidad continental tan alta, escasea demasiado el tiempo para dedicarlo a marquetorías, incrustaciones y primores de estilo. No obstante educarse él en aquel lapso de los estilistas que atravesaron del XIX al XX con sus floridos cargamentos de prosa y verso repujados;

no obstante su frecuentación y amistad con varios de los grandes poetas y escritores mexicanos y latinoamericanos, Fabela o ha renunciado o ha contenido su preocupación del estilismo como primer obligación profesional. Así como, aparte su delectación en la obra artística del pasado colonial, tampoco déjase seducir por el calco de gongorismo y patrañas conceptistas. Ante el dolor de nuestros pueblos befadados, engañados, explotados siempre, su prosa tiene más pavón y dureza de arma, más aspereza de cirugía salvadora, que minucias de artefacto. Se nos ocurre la definición clásica de orador, siempre válida para todo escritor digno: un hombre de bien que dice la verdad. Sencillo, directo, honesto; un buen estilo para quienes aspiran a ser escuchados por las masas y al través de idiomas. Escribe con esa prisa de la madre necesidad, de los que hienden e inscriben en piedra la ley del hombre, la lección del ayer, la esperanza de todos; lo que no debe desvirtuarse y esconderse entre bisuterías diazrodriguezcas, donaires gomezcarrilescós; lo que no debe revestirse con los trajes de payasería, risibles a fuerza de oropelescós y ahogados de citas, de los jurispe-dantes sapientísimos, que para contrabandear con la verdad o para esconder su venta en concesiones de la patria, agotan el aruspiciado de los "lacantinerías" y los "demolombes". La Universidad y el ateneo, la academia y la tribuna de Fabela, han sido la lucha por el ideal revolucionario: salvar a México y con él a los países fraternos que navegan en la misma nave histórica, del oprobio de uncirse sumisos al yugo plutoimperialista.

A las veces en esas sus páginas de severa dicción, la vocación primicial brota entre los ensayos y escritos. Lo que su musa hubo de abandonar, el lastre de estetismo que sacrificó en las lides premurosas, irrumpe de pronto. Y así nos regala esa página imperecedera, aún solamente por su belleza formal; la carta a su hijo adoptivo, que el poeta Ramírez Arriaga parangona con la epístola de Ocampo. Gemas entre explosiones de lava; revelan cuánto había germinado interiormente en el espíritu mexicano, en los siglos de opresión y silencio teocrático absolutista. No ha desaparecido el cincelador artista en el escritor Fabela; sólo que, más que en sus libros preparados y repletos con materiales reforzados de batalla, lo encontraremos en el gusto que mantiene por el convivio con pintores, músicos, poetas; en su afán de coleccionador de obras de arte, en su escogencia de ambientes y paisajes, en suma, en el

ademán propio de los personajes de Emaús, con que reparte por igual su amistad hacia los luchadores que quieren curar las lacras y angustias de los pueblos, hacia los que combaten por liberarse y hacia los que tallan la estatua, el bronce y el poema. En su vida, así, el artista sigue de pie, invencible, con el fervor de los primeros años y ensueños.

En esos primeros de la Segunda Post-guerra, fue llamado el jurista Fabela a formar parte como juez en el Tribunal Internacional de Justicia de La Haya, encargado de dirimir enconadas y engorrosas cuestiones entre países. Fue establecido el Tribunal de La Haya al comienzo del siglo, siguiendo a la llamada de paz del zar de Rusia, y como un derivado de la estéril conferencia para establecer la paz universal que ¡ya entonces! tampoco logró desarmar a los animosos conquistadores que no se conforman sino con dominar al mundo entero, y que han librado ya dos guerras pavorosas para los demás y para ellos mismos, con ese propósito. El antiguo Tribunal de La Haya, entre sus primeros asuntos, conoció de las reclamaciones de Inglaterra, Alemania e Italia, las potencias bloqueadoras contra Venezuela en 1903, reclamaciones muy semejantes a la célebre "guerra de los pasteles" contra México, en que algunos súbditos de la monarquía francesa reclamaban millones por bandejas de pasteles volcados en algún tumulto. Aquel fallo del Tribunal de La Haya en contra de la justicia y de los intereses de Venezuela, causó tal escándalo que desde entonces perdió casi todo respeto, significándose sólo como instrumento de las potencias. Al terminar la Segunda Guerra, dentro del eufórico ambiente que anunciaba el concierto mundial de las democracias, el opacado Tribunal de Arbitraje de La Haya fue reanimado con vigor; el llamado que se hizo a Fabela, enormemente prestigiado por su actitud en Ginebra como campeón del Derecho, ha de interpretarse en ese sentido. Tuvo oportunidad el jurista mexicano de intervenir con altura permanente en algunos escabrosos asuntos.

Regresó entonces Fabela, con intención de aislarse definitivamente en su casa del Risco, en San Angel, y a su retiro florido en Cuernavaca, a concentrarse en el sueño de muchos años: escribir la historia de la Revolución con el triple aporte, único por su vastedad y valor, que sólo él puede hacer a tan urgente faena: su experiencia, al haber vivido los hechos, conocido a los personajes, y poder juzgarlos contrastándolos con su vasta visión de otros esta-

distas y otros países; y la cualidad de su juicio, calibrado por amplia cultura y clara intuición. Se ha dicho que la historia es oficio viril, y en esto realza y completa la virtud de la templanza, que ha de ser serenidad y fuerza bastante para ver y sostener la verdad. Mas no una verdad cualquiera, de desnudez estadística, de error personalista o de minucia basurera, sino la grande y humana verdad que importa que revele la verdadera Historia: la que afirma a los hombres y a los pueblos en el camino de la liberación y la justicia. Su decisión es tanto más exigente en México, país donde concéntranse las avalanchas de chismografía falaz y retrógrada de las cadenas de información extranjeras, cuya "propaganda" es una mezcla de aviso comercial y amarillismo corruptor. La Historia de México, merece escribirse con nitidez absoluta, y en caracteres aseguibles a las masas, por hombres ilustrados y conscientes de su deber hacia la humanidad; porque es la ejemplaridad en que contrasta con mayores perfiles la batalla permanente, sangrienta y sacrificada, de un pueblo que quiere exurgir de la nebulosa medioeval, teocrática-absolutista, que fue la colonia, y que siente el ansia de estructurarse como nación democrática, dueña de su suerte, y apta para satisfacer a sus habitantes entregándoles los medios de vida y los instrumentos de la cultura. Comienzan a aparecer ya con *La Política Internacional del Presidente Cárdenas* y *La Historia Diplomática de la Revolución Mexicana*, los frutos de esa consagración del licenciado Fabela, en estos últimos años, a ordenar, sintetizar y exhaustar sus memorias, sus archivos y la biblioteca especial que ha formado para consulta. Como a Tucídides, le asiste la severa autoridad de quien habla de asuntos en que ha sido autor o partícipe él mismo; mas aventaja al ateniense, en que no enfoca el devenir humano desde el sitio del aristócrata despechado, sino que abre alto y amplio mirador para contemplar a México como paladín de las nuevas ideas redentoras, en el siglo en que se ven los estertores del coloniaje y de la opresión.

Esta función del juzgador histórico, la cumple en ámbito de paz espiritual, como un prócer renacentista, que se embebe en los tesoros del pasado amparado por la serenidad del presente. Con la simplicidad de la luz, lo cerca el afecto de todos, y el ritornelo de ave-mariposa de la compañera de su vida, mexicana que él fue a encontrar en la turbulenta Europa de la Primera Post-guerra. Hasta su rincón no llegan ya sino las voces amigas de muchos países

y la reverencia de sus compatriotas. Atrás quedaron los silbos trágicos de las campañas, la zarpa de los gánsters ladrones de valijas diplomáticas, la baba a veces miel traidora de los villanos enemigos; hoy en el bronce racial de su faz se ve la serena calma de las vejeces augustas, el reflejo de lecciones de vida aprendidas en Weimar, en Florencia, en la Ginebra de Voltaire y Jean Jacques.

Y en tanto, la lección de su vida y de sus libros, anhela prolongarse para las nuevas generaciones mexicanas. Su biblioteca integrada con sus nobles preferencias, derecho internacional, historia, poesía y bellas letras, colecciones de grabados y pinturas, reproducciones de libros dedicados por autores insignes, junto con su pinacoteca que encierra valiosísimos cuadros, y su colección de muebles y joyas de bronce, cristal, porcelana: todo este tesoro, que ha reunido con ojo sagaz en sus peregrinaciones, todo: será plantel de estudio y enseñanza para los jóvenes mexicanos. Aquí están en ringleras las obras completas de Bello, de Sarmiento, de Justo Sierra, las colecciones de diplomacia y derecho de gentes. Las ediciones invaluable y finísimas de Oxford, París y Praga. La Casa del Risco es una biblioteca y un museo, a semejanza de la Casa de Ricardo Rojas en Buenos Aires, de la Casa de Montalvo en Ambato. Templos de recordación edificante, en que necesita lustrarse la gente que viene. Rodó, Hostos, Enríquez Ureña, González Prada, Morantes, Sandino, deberían tener sitios oraculares así donde evocarlos, con puerta abierta a todos los peregrinos. Aquí, en la Casa del Risco, la figura del Secretario de Relaciones de la Revolución Mexicana, que vivió para iniciar sus protestas y ha sobrevivido para historiarlas, preside el momento estelar, la inauguración de una edad en que, como recomendó el Mahatma, los humildes, los siervos, los intocables han perdido el miedo a reyes, almirantes, tigres y magnates.

Cuando un grupo de ciudadanos modestos, conscientes de quién es y lo que representa Fabela para su patria y para las patrias indolatinas, invitamos al homenaje que le debe la actual generación, entre las personas a quienes la instancia fue dirigida en su calidad de escritor revolucionario, se encontró al licenciado Adolfo López Mateos, entonces candidato y ahora Presidente electo de México. Expresó entonces el licenciado López Mateos su imposibilidad material, por falta de tiempo, para escribir una página. Meses después, en la forma más elevada, dio públicamente lo que

podemos llamar su apreciación sobre la personalidad y la obra de Isidro Fabela, y lo que este hombre representa para México, al depositar en la urna electoral el 6 de julio de 1958, su voto como elector, voto único de elocuencia y calidad especial, por Isidro Fabela para Presidente de la República. Ninguna consideración mezquina de politiquismo o actualista, de que no somos sospechosos, puede eximirnos de recoger aquí ese voto, sintética expresión del hombre que recibió en esa fecha la confianza popular, en homenaje al hombre que durante medio siglo "hizo política" en el sentido en que se debe hacer la historia: para bien del pueblo.

Hace lustros escribimos a modo de ligeros rasgos biográficos, un capítulo dedicado a Fabela en el libro "Maestros Indoíberos". Igual que entonces creemos en él, con los que allí enlistamos, como guía de razón y espíritu para las veinte repúblicas. Con un poco de mayor espacio nos hemos complacido en esbozar ahora algunos de sus hechos; mas no acertamos a mejor conclusión que repetir lo que entonces dijimos: Isidro Fabela escribe con una pluma del águila azteca.